

FORO
CELEBRACION 60 AÑOS FACULTAD DE TEOLOGIA
CAMPUS ORIENTE
23 DE 1995

JULIO

Clase Magistral Sr. Rector.

"Significado de la presencia de la Facultad de Teología en la Universidad Católica"

1.- A través de su Facultad de Teología, la Universidad procura dos cosas principalmente:

- a.- Cumplir un encargo de la Iglesia, que le ha sido hecho por su jerarquía;
- b.- Responder a una necesidad social de primer rango que tiene relación con el sentido de la existencia humana;

2.- En cuanto a lo primero,[a)], desde el punto de vista de la universidad, Teología debe en primer lugar cumplir con las tareas que le están encomendadas en Sapiencia Christiana:

i.- Formación: preparar alumnos para el ministerio sacerdotal; para la enseñanza de las ciencias sagradas; para las funciones más difíciles del apostolado.

ii.- Investigación en los distintos campos de las disciplinas sagradas para que se logre una mejor inteligencia de la Revelación: para que se abra mejor el patrimonio de la sabiduría cristiana; - para que se promueva el diálogo con los hermanos separados - para que se reponda a los problemas suscitados por el progreso científico, fomentando los intercambios con ellos y valorando sus interpretaciones y afirmaciones a la luz de la Revelación;

iii.- Comunicación de la doctrina formulándola en el método más adecuado a los contemporáneos.

Son ciertamente muchas y pesadas funciones para tan pocos miembros. Pero ellas se le confían a la Facultad en un momento singular de la historia de la Iglesia, momento en el cual el peso de la Iglesia de América Latina se hace muy importante dentro de la Iglesia universal.

3.- En cuanto a lo segundo [b)], a la Facultad, le cabe - dada su conexión con el Magisterio - un rol que podríamos llamar de orientador y garante de la respuesta que la Universidad como un todo le debe dar al envío que toda ella ha recibido como institución de la Iglesia. La Facultad es garante de que esa respuesta corresponda efectivamente a la propuesta cristiana, y más específicamente, a la propuesta católica.

¿Cuál es la demanda, o la necesidad en cuya perspectiva se inscribe este envío?. Es difícil para cualquiera caracterizar la propia época. No intento hacerlo, sino sólo recordar algunos rasgos que me parecen significativos.

Nuestro mundo vive un cambio cultural que es vasto, multivalente, en el cual se combinan mutaciones profundas en lo intelectual, lo social y lo político, el cual abre perspectivas fascinantes de enriquecimiento de la vida humana, y que viene al mismo tiempo a destruir algunas de las seguridades más arraigadas en nuestro espíritu. Creo que todos los hombres sensibles se han de sentir fascinados, estimulados, a veces extraviados y un poco asustados. Si se me pidiera comparar este tiempo con alguno otro que haya vivido la cultura occidental, yo diría que es como el Renacimiento - no tanto como el del siglo XV, sino como lo que Haskins llamó el Renacimiento del siglo XII, cuando las bases de la Teología y de la Filosofía fueron sacudidas, cuando la sociedad se empezó a hacer francamente urbana, cuando los libros de los infieles vinieron a nutrir la doctrina de la fe. Aunque lo que ahora ocurre es inmensamente más profundo, creativo y perturbador que lo que fué aquella aventura del espíritu.

A los hombres y mujeres que viven este nuevo Renacimiento hay que anunciarles la fe, y vale la pena entonces dar una mirada sobre algunas de las nociones que configuran el ambiente espiritual de nuestro tiempo.

- El mundo de la tecnociencia parece a primera vista gobernado sin contrapeso por un principio, el cual (como corresponde a un principio) lo precede en sus acciones concretas que es el que extiende la condición de "material" dispuesto a la elaboración a toda la realidad, y postula su transformabilidad ilimitada, la sustituibilidad de todas las cosas, su falta de sentido propio, en cuyo mundo falto de sentido el hombre puede vivir en la medida en que su voluntad le permita organizar un pedazo de él: la voluntad de poder es el sustrato de la realidad.

Frente a esa visión, a mí me parece que más profundamente que eso, la ciencia - no a pesar de ser técnica, sino justamente por serlo - da un conocimiento - oscuro tal vez, pero real - de la verdad de los entes, y abre la pregunta acerca de su sentido. La riqueza recuperada del pensamiento cristiano es ver en el conocimiento no apropiación ni dominio sino una forma de participación en el ser.

- Junto a esto se abre la pregunta por el sentido de los actos del hombre. Las versiones contemporáneas de la ética - piénsese en Rawls, en Habermas, en Appel - parecen fascinantes aproximaciones metodológicas que buscan cómo configurar un bien en el cual sin embargo desde ahora ya creen, hijos al fin del denodado y patético esfuerzo con el que Kant creía alcanzar a tocar el valor irreductible de la dignidad humana.

Esas búsquedas son testimonios de una experiencia del bien, que necesitamos entender, y que por su parte necesita de ser vivificada por el Bien verdadero, del que nos parece que les dijera también hoy: "no me buscarías si no me hubieras encontrado ya".

- A continuación la crisis del objeto en el conocimiento científico, iniciada desde la Física de los años veinte, trajo aparejada la crisis correlativa del sujeto, mientras que en la psicología de profundidad y en las ciencias cognitivas se disolvía el "yo fuerte" con que soñó el cartesianismo. La caída del "hombre-creador", puede abrir paso al hombre- que es sobrante o que es desecho, al hombre marginal al universo, pero también simplemente puede venir a mostrar el misterio del hombre- creatura que ha sido asumido a la condición del Creador.

- En la vida social, cuatro siglos de enfrentamientos despiadados, religiosos, nacionales, sociales, económicos, políticos, y ahora sexuales, han conducido a interpretar la historia y la sociedad humana en clave de conflicto, y muchos consensos de hoy día nos parecen más bien conflictos de hombres cansados. La doctrina social de la Iglesia que alimentó los comienzos de esta universidad, nos está confiada como una propuesta revitalizadora para la sociedad.

- Hemos vivido interpretando el mal como ignorancia o enfermedad. Pero la historia de este siglo nos exhibe tantos actos malvados y tantas estructuras perversas que podemos preguntarnos si no hay en ello una triste ingenuidad, sobre todo cuando el mal tiene apologistas y profetas. Tendríamos tal vez que preguntarnos cuánto tiene de realidad el pálido asesino del Zarathustra y su gozo en el puñal.

Un desarrollo tan superficial como aquel al que me fuerza lo limitado del tiempo, hace que mi pensamiento aparezca innecesariamente abstracto. Porque basta pasar por los patios de la universidad, para encontrarse con aquellos que viven de la tecnociencia creyendo que no tiene sentido y que están sin embargo hambrientos de él; de muchos que buscan - con cuánta vehemencia - una fundamentación de su vida moral; que viven la disolución del hombre mientras presienten su misterio; que intuyen también que el conflicto no es la última razón de la sociedad; que sienten la descarnada tentación del abismo. Son muchas veces como los hombres del Areópago a los que anunció San Pablo a un dios desconocido. Ya sabemos que a la mención de la Resurrección brotará el escándalo; pero también sabemos que siempre existirán aquellos que como Dionisio, habiendo oído, estén dispuestos a continuar la propagación del Evangelio del Reino.

4.- La Universidad está llamada a procurar, en palabras del Papa, una "síntesis vital" de esta vida cultural con el anuncio de la fe. Creo que una "síntesis vital" no se puede explicar en un desarrollo expositivo. Pero con esa expresión se toca lo que me parece ser la más urgente necesidad de la juventud de hoy día que es la necesidad de la experiencia. El mismo contenido intelectual de las disciplinas no tiene validez si no se da dentro de una experiencia total que compromete no sólo ni principalmente la razón, sino la sensibilidad, los afectos, temores, esperanzas y proyectos, y en cuyo contexto adquiere su sitio propio la experiencia intelectual. Por eso la universidad debe desarrollar una labor intensa para que sean cada vez más numerosos los que - desde las más variadas perspectivas - se acerquen a escuchar y lleguen a experimentar la propuesta

cristiana que es de compromiso total, porque es en último término la de seguir al Señor.

5.- En la práctica, la propagación de esa nueva no se puede dar en una universidad moderna y grande si una parte importante de su profesorado no está penetrado por algún grado de inteligencia de las verdades de la fe. Una Facultad de Teología será siempre demasiado poco numerosa para llegar por sí sola a toda la universidad. La formación cristiana del conjunto del profesorado es por eso una necesidad ineludible. Por medio de ella se estará también respondiendo a un curioso vuelco de la mentalidad contemporánea. Hace treinta años, la teología parecía una experiencia enteramente ajena al hombre de la época. Hoy, cada día y en los más diversos campos, en la medida en que se hace urgente la pregunta por el sentido, se hace presente la necesidad de la teología y se dibuja para los teólogos un amplio campo de acción en el que la pregunta va a ser cada vez menos la de cómo encontrar destinatarios de su enseñanza, y cada vez más la de cómo llegar a tantos que quisieran. En este fin de siglo hemos recorrido un largo camino desde el anterior, y creo que son muchos los que se hallan a veces sin saberlo, próximos a Newman que decía que no podía haber un estudio universitario sin Teología, y que - aun sin la especificación de Teología Católica - sostenía la necesidad de la "ciencia de Dios" o de las cosas que sabemos de Dios expuestas en un sistema - yo creo que diría hoy, de la experiencia intelectual de las cosas de Dios.

6.- Tal vez he querido abarcar demasiado en un tiempo muy corto, con lo que quedan siempre más dudas que respuestas. Pero siempre, para preguntas, dudas y respuestas están los maestros de Teología. Por eso quisiera terminar aquí, recordando un texto que nos puede hacer pensar en ellos, en los que son la espina dorsal de una Facultad.

En 1256, Tomás de Aquino fué promovido a la maestría en la Universidad de París y pronunció su lección inaugural, comentando la palabra del salmo: "desde tu alta morada riegas las montañas, con el fruto de tus obras Tú sacias la tierra". Allí dijo de los docentes:

"...la dignidad de los doctores está figurada por la imagen de las montañas. Primero, por la altitud: los doctores de las verdades están vueltos hacia las realidades de los cielos... luego por el esplendor: son ellos los que reciben los primeros rayos del sol...en tercer lugar, por su poder: tal como las montañas desde cuya altura se puede defender el país, los doctores defienden la fe contra la invasión de los errores. Los doctores deben pues ser elevados en testimonio de vida eminente, ilustrados en enseñanza, poderosos en defensa de la verdad. Tales son precisamente sus tres funciones: predicar, enseñar, disputar..."

Si pasamos más allá del lenguaje de una época, nos encontramos con un significado que las trasciende a todas, y que podría hacer temblar a aquellos sobre cuyos hombros fué depositada esta carga, si no supiéramos que lo que llevan es el peso de una semilla cuya potencia de germinación supera de modo

5

inconmensurable a la fuerza del brazo del sembrador, a quien sólo se le pide que sea fiel. El campo es inmensamente más extenso, más accidentado, que lo que podríamos pensar. Sabemos empero que no faltará la gracia ¿ nos faltarán a nosotros el valor y la constancia ?

-